

Libro I

Darabgerd

1

En el nombre de los dioses

No soy un poeta, aunque no pocos afirman que, al igual que ellos, sé gobernar las palabras a mi antojo. Aun sin estar de acuerdo, confieso que considero esta descripción como un verdadero elogio.

He conocido a muchos hombres que utilizaban sus frases como dagas envenenadas. Pues la palabra es el arma más peligrosa que un mortal pueda esgrimir, más letal que una espada bien afilada. Pero, al mismo tiempo, puede convertirse en el escudo más recio, la más dulce medicina o la más ardiente de las caricias. Mas, por encima de todo, es el fruto más excelso del corazón, el instrumento que los dioses nos han concedido para acercarnos a la verdad.

Puedo incluso garantizar que la palabra es lo único que queda a aquel que ha sido despojado de todo. Admito que en más de una ocasión mis propias palabras me han salvado la vida. Tal vez por eso confíe en su fuerza más de lo que me atrevo a confiar en el corazón de la mayoría de los hombres.

Los dioses me han distinguido bendiciéndome con la facultad de la persuasión. Mi padre repetía que cada hombre recibe del Creador un don personal, una cualidad especial que lo identifica y, al mismo tiempo, lo convierte en un ser excepcional.

Recuerdo que en una ocasión lo interrumpí para preguntar:

—Entonces, ¿cuál es mi don?

Riendo, respondió:

—La impaciencia no es buena consejera, hijo mío. Ohrmazd te lo mostrará cuando llegue el momento. Pero tendrás que esperar hasta entonces para averiguarlo.

Yo envidiaba el don de mi padre, que era capaz de leer la verdad oculta en los sueños. Y envidiaba el de su hermano, mi tío Azarmig, que sabía interpretar el movimiento de las llamas del fuego sagrado para predecir el futuro. En aquel entonces rogaba a Ohrmazd que me concediera una de esas habilidades, sin saber que ambas eran sólo derivaciones de un don común, el máspreciado de todos: la capacidad de comprender los designios de los dioses.

No recuerdo qué edad tenía entonces. Debía de ser muy tierna, pues ninguna de mis hermanas había nacido aún. Mas sí puedo calcular que contaba siete años cuando una noticia aterradora llegó por primera vez a mis oídos, después de sembrar la conmoción en la ciudad.

El gran palacio de Ctesifonte, la residencia del rey de reyes, había sido salvajemente reducido a escombros por las fuerzas del emperador romano Septimio Severo, que después de llegar hasta el Tigris se había retirado dejando a sus espaldas un reguero de sangre y destrucción, y los cimientos asolados y humeantes del orgulloso corazón del imperio.

Yo había corrido hasta casa presa del pánico, sin saber aún la enorme distancia que me separaba de la capital imperial. En mi imaginación infantil, veía a aquellos brutales legionarios romanos con las trazas de los deván, con cuerpos deformes, garras ensangrentadas y colmillos afilados, y rezaba para que, si alguno de ellos surgía bramando de un recodo, la maza salvadora del dios Vahram lo arrojara de un golpe lejos de mí.

En la puerta de casa, y a causa de la precipitación, había estado a punto de embestir a Hoshag, que inmediatamente me había inmovilizado tomándome con fuerza de los hombros.

—Mi señor Abursam —exclamó con un tono reprobatorio que, sin embargo, no ocultaba su alivio—, vuestra madre está preocupada y os ruega que no volváis a ausentaros sin avisar. Me permito sugerir que acudáis inmediatamente a los aposentos de las mujeres para tranquilizarla. A ella y a vuestras hermanas.

Habitualmente, yo obedecía con prontitud las indicaciones de mi buen sirviente. Hasta donde alcanza mi memoria, Hoshag había sido mi servidor personal y me profesaba un afecto al que yo había aprendido a corresponder de forma espontánea.

Pero aquel día lo último que deseaba era mostrar mi agitación ante mi madre y mis hermanas Anoshag y Shabag. Por otra parte, acababa de escuchar la voz de mi padre y la de su hermano Azarmig, provenientes de la antecámara e, invocando una excusa apresurada, me precipité hacia allí.

Antes de entrar, alcancé a oír a mi tío, que no intentaba siquiera ocultar su indignación.

—... he oído incluso decir que el rey de reyes Valgash huyó ante la proximidad del ejército del emperador Severo, dejando indefensa la capital.

—Por segunda vez en poco más de treinta años —suspiró mi padre—, la joya del Tigris vuelve a ser sacrificada a las garras de las legiones romanas. Ningún hombre puede atreverse a mantener sobre su frente la doble diadema después de permitir una afrenta semejante.

Aquellas palabras distaron mucho de calmar mi inquietud. Pero al ver que me encontraba en el umbral de la estancia ambos callaron.

—Abursam —dijo mi tío con una sonrisa—, pareces sofocado. Imagino que ya has oído la noticia.

También mi padre sonrió, aunque no había alegría en su gesto.

—No debes preocuparte por eso, hijo mío. Estamos lejos de Ctesifonte y todas las noticias necesitan su tiempo para propagarse. Estoy persuadido de que en estos momentos todo ha vuelto a la normalidad y nuestro rey de reyes Valgash ya está meditando las concesiones que deberá admitir como pago por la paz.

Se hizo ligeramente a un lado y yo me senté junto a él en el suelo, usurpando uno de los cojines en los que apoyaba la espalda. Él pasó el brazo alrededor de mis hombros, lo que inmediatamente me tranquilizó. Entonces aún no era capaz de comprender que ciertos gestos saben transmitir más aliento que las promesas.

—Tu padre tiene razón —confirmó Azarmig—. Estamos lejos de Ctesifonte y deberíamos evitar que lo que suceda allí nos inquiete, o al menos intentar que nos afecte tan poco como nuestros problemas preo-cupan al rey de reyes Valgash.

Ya a aquella tierna edad, yo era consciente del escaso interés que la provincia de Persia despertaba en el corazón de los gobernantes del imperio. Para ellos era una más de las satrapías de su vasto reino, una región abrupta y aislada que no se contaba siquiera entre las más prósperas y cuyos impuestos ingresaban un montante modesto en las arcas del tesoro imperial.

Sin embargo, mi padre me había enseñado a honrar mi origen. Persia es una tierra orgullosa y retraída en sí misma, que posee raíces profundas y una áspera belleza. Y lo mismo puede decirse del pueblo que la habita. Ambos se han labrado el uno al otro y, con la ayuda del tiempo, se han ido transformando mutuamente.

Pero este entorno rudo e inclemente había hecho florecer un pasado admirable, del que sólo conservábamos sus magníficas ruinas. Ellas nos susurraban historias de los grandes reyes antiguos, de sus majestuosos palacios sembrados de columnas, sus tumbas venerables y sus portentosos relieves, arrancados al corazón de los farallones. Éstos eran nuestros antepasados, cuyo último monarca, Daray, había sucumbido a un rey extranjero llamado Alejandro, devastador de un espléndido imperio que, sin embargo, había sabido conservar sus fabulosas cenizas.

La región de Persia se encontraba al sur del gran reino arsácida y gozaba de una personalidad propia entre las satrapías del imperio. Nuestros reyes pertenecían a la nobleza de la propia región y eran, por lo tanto, de raza persa, y no de origen parto como la dinastía arsácida que gobernaba el imperio, cuyo representante era entonces el rey de reyes Valgash. La lengua era otra de nuestras particularidades, pues hablábamos persa, similar al idioma parto de los gobernantes arsácidas, pero diferente de él. Su historia, como la de nuestra tierra, está llena de pasadas grandezas.

—Quizá algún día un rey persa vuelva a sentarse en el trono de Ctesifonte —dijo mi padre, mirándome sin abandonar aquella extraña sonrisa—, un rey que no viva asustado, que no abandone a su pueblo cuando las contrariedades llamen a su puerta. ¿Qué te parecería, Abursam?

—Como en las historias antiguas —respondí— y llevaría en la frente el farr, el resplandor divino de los verdaderos reyes elegidos por Ohrmazd.

Azarmig suspiró.

—Mihrozán —dijo—, no sé si ese tipo de historias son las más convenientes para Abursam. Los relatos heroicos han sido compuestos a la hechura de los nobles y son adecuados para sus vástagos, pero el hijo de un sacerdote debería beber de fuentes más piadosas...

Si bien nunca le había oído insinuarlo fuera de aquella estancia, sabía que mi tío no aceptaba sin reparos ciertos usos de la omnipotente nobleza. Le había escuchado en más de una ocasión cuestionar el hecho de que ciertas familias nobiliarias se apropiaran de determinados títulos de prestigio en los grandes templos, cuando su formación, eminentemente militar, no incluía un conocimiento riguroso de los usos rituales y, mucho menos, el estudio profundo de los textos sagrados.

—Hermano —intervino mi padre—, sabes que los dioses no se ciñen a un solo lenguaje. Y sabes también que debemos confiar en lo que nos dicen a través de los sueños...

Aunque no entendí estas palabras, Azarmig sí pareció comprenderlas.

—El sueño, sí... —musitó, mirándome de forma insólita. Mas inmediatamente la expresión de su rostro cambió y, dirigiéndose a mí, agregó—: Sin embargo, Abursam, debes aprender que no todas las opiniones pueden pregonarse fuera de las puertas de casa...

—¿Como cuando decís que el dadvar Kumarag es un juez corrupto y despreciable que vendería a su madre por un puñado de drahms?

Ambos se miraron.

—Ése es un buen ejemplo —concedió mi padre con una extraña inflexión en la voz—. Y ahora, hijo mío, haznos el favor de volver junto a tu madre y tus hermanas.

Obedecí. Mas, apenas hube abandonado la habitación, me sorprendió escuchar que ambos rompían a reír a carcajadas.

Todos los recuerdos de mis primeros años están asociados a Darabgerd. Es la capital de la provincia del mismo nombre, una de las cinco que conforman la satrapía de Persia. Mi padre me había explicado cuando era muy niño que su nombre significa «la ciudad de Daray». Es ante todo la casa de mis antepasados, una de las más hermosas joyas de Persia, construida hace siglos por el último de los grandes reyes de nuestro pueblo. Siempre he adorado esta ciudad. Y durante más de veinte años fue mi única balanza para calibrar el peso de toda referencia procedente del exterior.

Recuerdo que mi padre me llevaba a veces a caballo hasta las colinas del norte. Desde allí contemplábamos la llanura, en cuyo centro se extiende nuestra ciudad, con su perímetro ligeramente triangular. Él solía contarme entonces alguna historia que siempre tenía como escenario aquel paisaje en apariencia apacible. Yo estaba convencido de que, al igual que yo, el tiempo se detenía absorto en las palabras que surgían de sus labios y la ciudad se paralizaba hasta nuestro regreso. Sólo entonces las calles volvían a bullir con ese característico olor a brea que durante mucho tiempo yo identificaría con el aroma de la tierra.

Por entonces nuestro gobernador era el señor Tir. Había obtenido su puesto al frente de la fortaleza de Darabgerd en pago a su reconocida fidelidad a nuestro señor Gozihr de Istaxr, rey de Persia. Nuestro rey lo había premiado con un cargo de tan alta importancia en reconocimiento a sus largos años de obediencia y leales servicios.

La tierra de Persia, al igual que el resto de las regiones del imperio, se encuentra erizada de cientos de fortalezas, gobernadas por los señores de la alta nobleza. De entre todas ellas, el Castillo Blanco de Darabgerd era sin duda una de las más prestigiosas y pujantes por la cantidad de población y la superficie de terreno que dominaba.

Si algo caracterizaba a nuestro señor gobernador, era su evidente afición al lujo. Recuerdo que, en las escasas ocasiones en que comparecía en la fachada de palacio o en la gran explanada de la ciudadela, lo hacía rodeado de una fastuosidad que dejaba boquiabierto a la multitud. Sin embargo, la primera vez que tuve el honor de ver a mi señor gobernador fue otro detalle el que cautivó mi interés.

—Hoshag —pregunté a mi sirviente, que me mantenía cogido de la mano para que, presa de la curiosidad, no me escurriese en medio de la multitud—, dime, ¿por qué el señor gobernador no tiene barba como los demás?

Escuché algunas risas a nuestro alrededor. Con evidente azoramiento y bajando la voz, Hoshag contestó:

—Su excelencia el gobernador Tir es un eunuco, mi señor Abursam.

Pero yo no podía darme por satisfecho con aquella respuesta, de modo que insistí.

—¿Eunuco? ¿Eso qué significa?

—Significa que tendréis que preguntar a vuestro padre —se limitó a responder mi sirviente.

No sería ésa la única ocasión en que mi padre consintiese en acceder a mis deseos de sumergirme junto a Hoshag en el bullicio de una ciudad que me fascinaba por su continuo movimiento. Más allá del tranquilo sector en que se encontraba nuestra casa, las calles estrechas e irregulares del centro de la ciudad rezumaban una multitud abigarrada de personajes. Buhoneros, adivinos, campesinos, artesanos, comerciantes, aguadores, soldados, clérigos de varias religiones se entremezclaban en medio del clamor reverberante. Hubiera

podido pasar jornadas enteras contemplando el continuo flujo de gente en el que siempre alguien se distinguía por algún detalle particular: lo poblado de la barba, la longitud desigual de la melena o alguna característica de sus vestimentas. Nada escapaba a mi curiosidad y normalmente el pobre Hoshag respondía con infinita paciencia a mis incansables preguntas.

No recuerdo, sin embargo, haber manifestado en aquella época una curiosidad especial por las mujeres. Es cierto que al principio había quedado asombrado al comprobar que ciertos hombres permitían que sus esposas y sus hijas, y otras mujeres de su propiedad, se mostrasen en las calles. Pero pronto aprendí a distinguir que éstas eran siempre de baja extracción, como se manifestaba en la escasa calidad de sus vestimentas.

Fue entonces cuando aprendí a diferenciar un segundo tipo de mujeres, vestidas con túnicas casi siempre sin mangas, confeccionadas de un material tan liviano que permitía adivinar las formas de sus cuerpos, con los ojos y las mejillas coloreados. Mas Hoshag tiraba con fuerza de mi brazo cada vez que mis ojos se posaban sobre una de ellas. Pronto comprendí que debía mantenerme apartado.

Pero lo que más me maravillaba era el mercado, siempre estrepitoso y apresurado, rebosante de gritos, de olores penetrantes, de gañidos de animales. Hoshag, sin embargo, no parecía encontrar ningún placer en aquellas calles atestadas, sucias y malolientes, donde tenía que vigilar continuamente su bolsa.

—¡Ay, ay, ay! —le escuché rezongar una vez, creyendo que no podía oírlo—. No sé en qué piensa mi señor Mihrozán para permitir que su hijo se pervierta en lugares como éste. Estaría mucho mejor en su casa o con otros muchachos de su edad.

Sospecho que fue el sofoco causado por aquel día tórrido el que lo impulsó a hablar así. Él sabía que en realidad yo prefería la calma de nuestro barrio, habitado por familias de sacerdotes, de viviendas más amplias y mejor cuidadas que las calles enredadas y estrechas del resto de la ciudad. Sentía una especial predilección por nuestra casa, levantada por mi propio padre, con su cenador elevado en el ingreso, donde sus amigos se reunían en las noches de verano para charlar. Adoraba el jardín interior, que mi madre cuidaba con especial esmero, y la miríada de pequeños detalles fascinantes que poblaban los aposentos de la zona de las mujeres, ausentes del resto de la casa. Y, aunque nunca había entrado allí, sabía que aparte de las salas comunes, las alcobas de los hombres y el sector de las mujeres, había una zona amplia reservada a Hoshag y su familia, que mi padre sí solía visitar.

Mi área favorita era la antesala de las estancias femeninas. Allí solíamos reunirnos por las noches, sentados en el suelo, con las piernas cruzadas y la espalda apoyada sobre cojines. Mi padre acostumbraba entonces a contar historias, que casi siempre servían para ilustrar algún aspecto doctrinal. Eran relatos sobre la vida del profeta Zardusht o sobre sus entrevistas con Ohrmazd o la propagación de la Buena Religión en época del rey Vishtasp. Otras veces hablaba de la belleza de la Creación de Ohrmazd y de la envidia y la sed de sangre que habían originado la espantosa contracreación de Ahrimán, el Espíritu Apestoso, y de la lucha continua que todo ser humano debe mantener sin descanso, porque cada pensamiento, cada palabra y cada acción suponen una elección entre el bien y el mal. Nuestro destino, decía, es luchar ininterrumpidamente por escoger siempre el lado de la verdad y la justicia, para contribuir al triunfo final de Ohrmazd que al cabo de los doce mil años del Tiempo del Largo Dominio anulará definitivamente a Ahrimán y sus legiones gracias a la ayuda prestada por sus criaturas.

En algunas ocasiones narraba historias legendarias sobre la magnificencia de los antiguos reyes, y sobre las asombrosas hazañas de sus campeones, sus gestas heroicas y sus historias de amor. A veces, incluso, reconstruía los detalles relacionados con algún caso dirimido por alguno de sus compañeros jueces o por él mismo, si había derivado en una sentencia ejemplar.

Éste era el tipo de relatos que yo escuchaba con mayor atención, aunque también me interesaban las historias relativas a Mihr, el dios de los pactos y la justicia, custodio del Esplendor Real que señalaba a los antiguos monarcas.

También mis hermanas tenían sus preferencias. Shabag, entonces la menor, absorbía fascinada la narración de las aventuras de los reyes y los grandes héroes, y las de sus romances con hermosas princesas y damas delicadas de ojos de narciso. Sus pupilas se iluminaban al escuchar la descripción de los regalos que los amantes intercambiaban como prueba de su devoción.

En cuanto a Anoshag, recuerdo que, desde muy pequeña, se obstinaba en que nuestro padre repitiera las historias que describían los combates entre los dioses y los deván. Sobre todo, prefería las narraciones protagonizadas por la Dama Anahid, la señora guerrera del agua y la fecundidad, aquella que purifica la semilla de los hombres y el vientre de las mujeres y hace brotar leche en abundancia del pecho de las madres. La porfía de mi hermana era tal que en una ocasión nuestra madre se vio obligada a recordarle la inconveniencia de que las mujeres fatiguen con peticiones impertinentes al señor de la casa. Pero, al terminar su narración, nuestro padre la tomó de la mano y le susurró:

—Ven, Anoshag, acompáñame a dar un paseo por el jardín y hablaremos de los cuatro caballos blancos que tiran del carro de Ardivisur Anahid y de los sacrificios que le han ofrecido los dioses, los reyes e, incluso, los deván...

—¿Y también el rey Jam?

—Sí, también el rey Jam.

Yo, que había respondido con una sonrisa victoriosa a la reprimenda materna, tuve que ver indignado cómo Anoshag se marchaba en compañía de nuestro padre mientras me dedicaba una mueca triunfal.

La actitud de mi hermana me resultaba muchas veces exasperante. Recuerdo una ocasión en que yo paseaba por el jardín musitando alguno de esos procedimientos cuya resolución genera controversias entre los jueces. Mi padre me había expuesto el caso el día anterior y yo intentaba memorizarlo, repitiendo los pormenores una y otra vez, cuando advertí que Anoshag estaba caminando a mi lado mientras imitaba mis gestos. Irritado, me detuve. Ella me miró sorprendida y dijo:

—Puedes seguir. No me molesta.

Apelando a una paciencia que, por entonces, era bastante escasa, pregunté:

—¿Qué quieres, hermana?

Ella me miró con sus enormes ojos insolentes que parecían exhortarme a bajar la mirada.

—¿Te acuerdas de lo que padre dijo anoche?

—¿A qué te refieres?

—Eso de que los deván pululan cuando es de noche y que por eso la gente se queda en sus casas...

—Sí —contesté—. ¿Y qué?

Ella miró alrededor antes de continuar en voz baja.

—¿Tú crees que por la noche entran también en el jardín?

—No, Anoshag —respondí con escasa cortesía, molesto por lo absurdo de la pregunta—, no hay deván en nuestro jardín.

—¿Y cómo lo sabes? —replicó ella, desafiante—. ¿Es que te has asomado alguna vez para comprobarlo?

Con aquellas palabras Anoshag había conseguido rebasar el límite de mi aguante. De modo que contesté:

—No, pero ¿sabes una cosa? Puedo verlos desde la ventana de mi habitación arañando la puerta de casa sin conseguir entrar. Esta noche les abriré y les indicaré el camino de tu cuarto. Así podrás verlos tú también antes de que te claven sus colmillos venenosos...

Entonces ella gritó y, envuelta en lágrimas, corrió hacia el interior de la casa llamando a nuestra madre. Inmediatamente escuché:

—¡Abursam, deja de atormentar a tu hermana!

Me volví y la divisé asomada a una de las ventanas del segundo piso, con el vientre cargado de su cuarto fruto. Al verla allí, me sentí sonrojar y formulé una disculpa atropellada. Ella se limitó a sonreír y respondió:

—Has de aprender a tener paciencia con Anoshag, hijo mío. El corazón me dice que en el futuro muchas cosas podrían depender de vuestro buen entendimiento.

Pero reconozco que no presté atención a sus palabras. Era aún demasiado inexperto para haber aprendido a distinguir cuándo los dioses manifiestan sus dictados a través de las voces de sus criaturas. En aquella época no era todavía un hombre y Anoshag era sólo una chiquilla insolente con una extraordinaria capacidad para exasperarme. No habían florecido aún en ninguno de nosotros los atributos cautivadores de la primera juventud, los que atraen entre sí a hombres y mujeres con el hechizo fascinante del llamamiento de los cuerpos.

Pocos meses después, mi madre daría nacimiento a la tercera de mis hermanas, Fravardin-duxt. Por entonces yo contaba once años de edad y era ya lo suficientemente maduro para comprender todas las circunstancias que rodean la gestación de un ser humano.

Cuando tomé por primera vez a aquella diminuta criatura entre mis brazos, pensé que, en poco tiempo, yo mismo debería comenzar a hacer germinar mi semilla y, no sin sorpresa de mi parte, descubrí hasta qué punto me agradaba aquella idea. Tal vez fuera ésa la razón de que profesara a Fravardin-duxt una adoración inmediata que no había experimentado por ninguna otra de mis hermanas.

A la edad de siete años mi padre había decidido enviarme al herbedestán, la escuela religiosa donde aprendería a escribir y memorizaría los textos sagrados. Este entrenamiento, común a los hijos de familias sacerdotales, suele extenderse hasta los quince años y supone la formación básica de todo religioso.

Hasta donde alcanzaban mis recuerdos, toda mi vida había estado dedicada al aprendizaje. Desde muy pequeño, mucho antes de frecuentar el herbedestán, mi padre comenzó a instruirme en el complejo corpus de los textos sagrados, que son la base de todo conocimiento. Todo profesional, independientemente de la naturaleza de su ejercicio, ha de comenzar su formación con el aprendizaje de estos textos, que contienen las pautas básicas no sólo para un adecuado comportamiento individual sino también para un correcto ejercicio de la profesión.

Mas dichos textos no fueron compuestos en nuestra lengua persa, sino en una mucho más antigua, ya desaparecida, el avéstico, la lengua del profeta Zardusht, quien en los antiguos libros es llamado Zarathushtra, aquel que recogió y propagó la revelación de Ohrmazd. Son textos oscuros y densos, poblados de ideas complejas, que se vuelven aún más arduas por lo intrincado de la lengua en que están expresadas. Por eso muchas veces van acompañadas de un comentario en lengua persa, que clarifica el sentido de los pasajes más enigmáticos. Estos

comentarios han sido elaborados por los más sabios hombres de religión de todos los tiempos, y reciben el nombre de Zand.

Mi padre había puesto un cuidado especial en mi formación. El método de enseñanza sigue una regla infalible: cuando el alumno es capaz de repetir el texto tres veces junto a su profesor y de recitarlo solo una cuarta vez, todo ello sin equivocarse, el texto se considera aprendido. Gracias a mi padre, yo ya poseía un amplio conocimiento cuando comencé a asistir a la escuela. Pero él seguía instruyéndome en casa, concentrando sus esfuerzos en los cinco libros del Avesta de contenido jurídico, en sus comentarios y en la memorización de las sentencias de los mejores dadvarán.

No todos mis maestros aprobaban el método de mi padre. Argüían que él no tenía la formación apropiada de un profesor y que corría el riesgo de que yo aprendiese las lecciones de forma indebida. Y esto es algo terrible, ya que los textos sagrados contienen un gran poder y cualquier error en su ejecución fortalece a los espíritus malignos. Pero ninguna de las enseñanzas de mi padre se reveló errada. El resultado fue que, al cumplir los quince años, yo poseía una formación mucho más amplia que el resto de los jóvenes de mis mismos años e, incluso, que algunos dadvarán menores, que me superaban en edad. Mi memoria, debido al constante adiestramiento, estaba perfectamente ejercitada y era capaz de absorber nuevos conocimientos con notable facilidad.

Lo que por entonces no podía aún adivinar era que una terrible tragedia me obligaría a poner a prueba todas aquellas habilidades mucho antes de lo previsto.